



CIUDAD SIN SUEÑOS

REBECCA SCHAEFFER

TRADUCCIÓN DE JAVIER FERNÁNDEZ EGEA



Primera edición: junio de 2023

Dirección editorial: Berta Márquez
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Dirección de arte: Lara Peces

Título original: *City of Nightmares*
Traducción del inglés: Javier Fernández Egea
Publicado mediante acuerdo con New Leaf Literary & Media,
a través de International Editors' Co.

© del texto: Rebecca Schaeffer, 2023
© de la traducción: Javier Fernández Egea, 2023
© Ediciones SM, 2023
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ISBN: 978-84-1962-106-1
Depósito legal: M-3685-2023
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para todos los que apoyaron mi primera trilogía:
este libro no existiría sin vosotros.*

UNO

La peor Pesadilla de mi hermana era una araña asesina gigante.

Lo sé porque eso es en lo que se transformó cuando se quedó dormida por última vez, así que sé lo que se siente cuando un familiar se convierte en un bicho enorme e intenta comerte. En esta ciudad no cuesta encontrar a personas que han perdido a seres queridos por culpa de las Pesadillas, ya sea porque se convirtieron en una o porque perdieron la vida a manos de otra. Sin embargo, resulta sorprendentemente raro que alguien se transforme en un bicho homicida gigante.

Supongo que la mayoría de la gente tiene miedo a cosas mucho peores que los insectos.

—¿Y de qué conocíais a mi marido? —nos pregunta la señora Sanden, una mujer blanca de unos cuarenta años. Las canas empiezan a salpicarle el pelo de color caoba en las sienes, y está tan rígida como la camisa blanca almidonada y la larga falda negra que lleva.

Es bajita, y lo parece aún más dentro de su diminuto apartamento. Como la mayoría de los pisos de Newham, se compone

fundamentalmente de una sola habitación: hay una cama de matrimonio en una esquina, una cocina diminuta en la pared de enfrente y una especie de sala de estar con un sofá raquítico y una mesa. Todo el espacio que queda disponible está cubierto de flores.

Desde la pared me observa un gran teléfono de madera, con dos inquietantes campanas de latón que parecen ojos y un largo auricular que cuelga como la trompa de un elefante.

—Me temo que no tuvimos el placer de conocer a su marido —confieso mientras entro en el apartamento.

La puerta permanecerá abierta las próximas horas, y los conocidos del fallecido vendrán a presentar sus respetos. Priya se apoya en la pared del rellano, ya que no hay sitio suficiente para las dos.

La señora Sanden frunce el ceño un instante al observar mi inconfundible chaleco azul pálido y mis pantalones negros. Le cambia la cara cuando reconoce el atuendo.

—Ah, venís de la secta esa.

—No es una secta —niego con los dientes apretados.

—Dejad las flores y marchaos: no quiero saber nada de vosotras ni de la estafa que pretendéis venderme —nos suelta la mujer con la boca tensa.

—Uf, nos ha tocado un público difícil —comenta Priya sonriendo. Es la primera vez que habla desde que hemos llegado.

—Podrías tratar de ayudar —le digo con un gesto de exasperación.

—¿Yo? —pregunta, lanzándome una mirada inocente—. ¿Estás segura?

Se le empieza a dibujar una sonrisa macabra en la comisura de los labios e inclina levemente la cabeza hacia un lado.

El pelo, corto y degradado en negro y turquesa, le cae sobre la frente. La luz del rellano hace que sus pómulos parezcan aún más pronunciados de lo habitual y le da un tono rojizo al marrón cálido de su piel, además de reflejarse en sus ojos de forma siniestra.

—Espera, no. Lo retiro, no ayudes —le pido.

—¿De verdad? Podría... —La sonrisa se va volviendo más maliciosa.

—¿Es que quieres que nos echen? —pregunto con suavidad—. Después de lo que ocurrió la última vez, el director nos expulsará sin dudarlo.

Priya cierra la boca y me dedica una mueca irritada, porque he ganado y lo sabe. Puede que no le guste este trabajo, pero lo necesita.

Igual que yo, para qué engañarnos.

—¿Pensáis dejar las flores o no? —espeta la señora Sanden, claramente molesta por nuestra presencia, como suele pasar.

La mayoría de la gente nos ve como vendedores a puerta fría, solo que los productos que ofrecemos son servicios religiosos. En parte tienen razón, pero casi nadie me escucha el tiempo suficiente para dejar que me explique en condiciones.

—Sí —contesto, mientras cojo las flores que he traído y las coloco encima de una pila de ramos similares que descansa en el aparador.

En la pared, sobre las flores, veo una foto en blanco y negro de un hombre blanco con una gran barba negra y espesa y una enorme sonrisa. A pesar de que la foto no está en color, percibo el contorno de las escamas azules que le recorren los pómulos.

Tenía una Pesadilla contagiosa.

Me subo los guantes para asegurarme de que los llevo bien puestos, aunque sé que está muerto y que el cuerpo ni siquiera se encuentra aquí, ya que se convirtió en una Pesadilla mientras dormía. En realidad, daría igual que estuviera en el apartamento, porque las escamas no se contagian al tocarlas, pero aun así necesito cerciorarme de que los guantes me protegen bien.

Esas escamas azules provienen del Dragón del océano Austral, una Pesadilla a la que exterminaron hace una década. Cuando la mataron, su sangre se esparció por el agua del Gran Lago y empezaron a salirles escamas a todos los que la bebían, aunque la gravedad de la infección dependía de cuánta sangre hubieran consumido. Puesto que casi todo el sur del país sacaba el agua de ese lago, hay muchas personas con escamas.

—Venga, ya has dejado las flores. Ahora salid de aquí —exige la mujer.

—Por supuesto, si eso es lo que quiere —le digo con un tono tranquilo y controlado.

Saco un folleto de la mochila y lo dejo encima de las flores.

—Eso sí que no —replica la mujer mientras avanza hacia mí a toda prisa—. Vuelve a guardarlo. No pienso ir a terapia ni hablar de mis sentimientos o cualquier tontería por el estilo, y menos si es con vosotras.

—No tiene que hacerlo si no quiere, señora Sanden —le aseguro al mismo tiempo que le pongo el papel en la mano. Ella se queda mirándolo, como si no supiera cómo ha llegado hasta ahí.

El texto dice: «NO ESTÁS SOLO, PODEMOS AYUDARTE. PAGA LO QUE PUEDES PERMITIRTE. TERAPIA PARA LOS TRAUMAS CAUSADOS POR PESADILLAS».

—Nuestra única intención es explicarle lo que ofrecemos, pero nadie la va a obligar a hacer nada que no quiera —le aclaro.

Detrás de mí, Priya, inquieta, juguetea con algo debajo de su largo abrigo negro. Un arma, supongo. A juzgar por la forma en que se ha vestido, está deseando que una Pesadilla atravesara la pared en algún momento de esta reunión, para poder derrotarla ella sola con sus botas de combate y su panoplia de armas ocultas.

La señora Sanden arruga el folleto y dice:

—Ya le gustaría a vuestra querida secta que os visitara para que pudierais lavarme el cerebro y convencerme de que la muerte de mi marido ha sido algo bueno.

—No somos una secta —repito de forma automática—, y nadie tiene intención de lavarle el cerebro.

—Eso lo dices porque a ti ya te han comido el coco —afirma con cara de superioridad—. A mi marido lo asesinaron en nuestra propia casa. Seguro que solo queréis convencerme de que no les ponga una denuncia a esos asesinos de Pesadillas.

Me presenté voluntaria para esto, así que intento mantener la paciencia, pero me arrepiento profunda y completamente de haber tomado esa decisión.

Priya entra en el apartamento con unas cejas que recuerdan a cuchillas furiosas:

—El Departamento de Defensa contra Pesadillas le salvó la vida, señora.

—¡Lo que hicieron fue matar a mi marido!

La ira brilla en los ojos de Priya. Aunque quizá sea veneración, porque en su caso tienen el mismo aspecto.

—Acabaron con un monstruo.

La actitud de Priya está haciendo que esto vaya de mal en peor.

— Esto no es una entrevista para ingresar en Defensa contra Pesadillas. No empeores las cosas —le digo entre dientes.

Ella responde con un gesto de irritación: en su mundo, todo es un ensayo para las pruebas de ingreso en Defensa contra Pesadillas.

—Señora Sanden —continúo con voz suave y paciente, algo que he ensayado mucho—, le ofrezco mis más sinceras condolencias. Sé exactamente lo que se siente al perder a un ser querido por culpa de una Pesadilla.

—¡Pero es que no fue por una Pesadilla! ¡Fueron esos asesinos!

—No —repito con delicadeza—. Su marido dejó de existir cuando se transformó en una cucaracha gigante mientras dormía.

—¡Mentira! —grita la mujer mientras agita el brazo con rabia—. Seguía siendo mi marido, ¡pero no podíamos comunicarnos porque no hablo el idioma de las cucarachas gigantes!

Me quedo mirándola, incrédula. A ver, yo entiendo mejor que nadie el deseo desesperado de recuperar a un ser querido después de que una Pesadilla lo convierta en una criatura monstruosa, de verdad que sí. Lo comprendo porque yo deseo todos los días que mi hermana vuelva.

La diferencia es que yo sé que dejó de ser mi hermana en cuanto se convirtió en la Pesadilla.

—Señora, su marido trató de devorarla —le recuerdo.

—¡Eso no fue más que un malentendido! —insiste, sin dejar de agitar el único brazo que le queda.

Me aprieto el puente de la nariz con los dedos y añado:

—Le arrancó el brazo.

—Por accidente.

—Y se lo comió.

—Porque tenía hambre. Habría sido una pena desperdiciarlo.

Priya suelta un resoplido y se acerca para susurrarme al oído:

—Y yo que creía que tú eras la que tenía pensamientos un tanto irracionales en cuanto a las Pesadillas... Lo retiro: lo tuyo es normal en comparación con esta mujer.

—Vaya, gracias, menudo cumplido. Me alegro de haber superado un listón tan alto —respondo con sarcasmo.

—Es que soy la reina de los cumplidos —afirma Priya con una sonrisa amplia y mordaz.

La señora Sanden le pega una patada a la mesita y hace que los tapetes y las flores salgan volando.

—¡Fuera! ¡No tengo por qué aguantar que os burléis de mí! —chilla.

Vale, admito que eso nos los merecemos. Está claro que esta mujer no acepta la realidad y necesita ayuda, y encima nosotras estamos empeorando la situación.

—Mire, yo le dejo esto aquí por si cambia de opinión —le digo, poniendo un folleto en el aparador antes de girarme.

Priya deja un montón más y añade:

—Por si se enfada y destroza el primero. O el segundo. O los diez siguientes.

—¡Priya! —le gruño.

Ella me ignora y saca un paquete entero. En ese mismo instante, una ráfaga de viento decide entrar por la ventanita abierta y esparce los folletos por la habitación como una lluvia.

A la señora Sanden no le hace la más mínima gracia, y empieza a gritar y pegar manotazos a los papeles. Luego coge un jarrón y nos lo lanza, pero me aparto y se estrella contra la pared.

—¡Fuera! —vuelve a chillar.

Tiene los ojos tan abiertos que parece que se le van a salir de las órbitas.

—¡Ya nos vamos!

—¡Fue...! —empieza a repetir, pero se le ponen los ojos en blanco.

Mierda.

La mujer se inclina hacia atrás y cae al suelo con un golpe seco.

Priya y yo nos quedamos heladas y la miramos sin movernos durante unos segundos, con el corazón a mil por hora

—¡Joder! —Me acerco corriendo y me arrodillo junto a la señora—. ¿Le ha dado un ataque?

—¿Cómo quieres que lo sepa yo? —me pregunta mientras camina de un lado a otro mordiéndose el labio.

—¡Tu hermana es médica!

—¡Pero yo no! —Mira a la mujer con cara de preocupación y niega con la cabeza—. Creo que solo se ha desmayado.

Se me eriza la piel al oír eso.

—Entonces, ¿se ha quedado inconsciente?

Priya me mira de reojo. Sabe perfectamente por qué estoy incómoda.

—Ness, estamos en la ciudad: aquí el agua lleva Helomina. Siempre y cuando haya bebido agua del grifo, estará medicada y no soñará.

Cambio el peso de un pie a otro con inquietud y me limpio las manos en los pantalones bien planchados, sin darme cuenta de que no puedo secarme el sudor a través de los guantes. No aparto la mirada de la mujer dormida en ningún momento.

—¿Y si no lo ha hecho?

—Ness... —suspira Priya.

—No, escúchame. Su marido se transformó en una Pesadilla, ¿cierto? —Observo la habitación en busca de algo que confirme mis sospechas—. Eso no debería ocurrir si bebes agua del grifo.

Entro en la diminuta cocina, miro de soslayo el fregadero y abro los armarios de madera de arriba. Encuentro tarros de cristal con harina, arroz y pasta, además de diversos utensilios de cocina. Los cierro y me arrodillo para mirar tras las puertas que hay debajo del fregadero.

Ahí descubro una garrafa que contiene un líquido marrón. No lleva etiqueta.

Es licor casero.

—No me jodas —suelta Priya con los ojos como platos.

El alcohol está prohibido en todo el país por una simple razón: anula los efectos de la Helomina y casi todos los otros medicamentos que previenen las Pesadillas.

Obviamente, esto no ha impedido que la gente compre alcohol de contrabando o lo fabrique, porque algunas personas son tan estúpidas como para correr el riesgo. Al fin y al cabo, uno no sueña siempre que duerme, y al parecer la gente tiende a creer que las Pesadillas solo afectan a los demás.

Hasta que les toca a ellos.

—La botella está medio vacía —susurro, y en mi voz se percibe el miedo que me está creciendo en el pecho como una Pesadilla. Acerco la mano y toco el cristal—. Además, está húmeda. Alguien la ha abierto hace poco.

Alguien como una mujer deprimida que acaba de quedarse viuda y quiere mitigar su dolor, por ejemplo.

Priya abre mucho los ojos al entender lo que insinuó y se vuelve rápidamente hacia la señora Sanden.

El problema es que ya no hay ninguna señora Sanden.

Su piel, en pleno proceso de mutación, se estira y se contorsiona como si en su interior hubiera un ser vivo que tratara de salir. Se oye el horripilante sonido que producen los huecos al partirse, y el cuerpo comienza a alargarse y agrandarse hasta que se convierte en una silueta larga y retorcida. Después, la piel se vuelve del mismo azul tormenta que los uniformes de las unidades de Defensa contra Pesadillas, y los ojos se dilatan e hinchan hasta convertirse en una caricatura de las gafas que usa dicha organización.

—Hostias —susurro.

—¡Sí, joder! —grita Priya con una mirada ilusionada.

La Pesadilla despierta, grita y abre su gigantesca boca revelando el vacío que hay en su interior, un camino que no lleva más que a una oscuridad voraz. Sus fauces absorben el aire como una aspiradora. Agarro como puedo las puertas del armario y trato de sujetarme, mientras el viento arrecia a mi alrededor y tira de mí como un tornado que quiere atraerme.

La monstruosidad se abalanza sobre mí hecha una furia. Suelto un grito agudo y estridente al mismo tiempo que me aparto y me estampo contra el duro suelo de madera. Me pongo

a gatear. Un pedazo del jarrón que ha caído en la alfombra atraviesa el guante y me hace un corte, por lo que dejo un rastro de sangre al alejarme.

A mis espaldas, Priya, tan entusiasmada que solo le falta bailar, se quita el abrigo para sacar todas las armas que esconde. Es imposible que su cinturón multiusos sea legal, con todos los instrumentos para asesinar que alberga, pero las leyes nunca han impedido que las gentes de Newham hagan lo que les da la gana.

Priya desenfunda y se lanza hacia la Pesadilla mientras dispara una y otra vez. Resuena un rat-ta-tá; pero las balas atraviesan a la criatura, porque está compuesta de humo y carece de forma y de un cuerpo tangible. Es como tratar de cortar el aire.

Esto no desalienta a Priya, que sigue sonriendo y comienza a rociar al ser con un aerosol que se ha sacado del cinturón y que probablemente contenga sal presurizada. Muchas de las Pesadillas etéreas surgen de los miedos producidos por las viejas historias de fantasmas, y pueden combatirse con sal porque eso es lo que dicen las leyendas.

Sin embargo, ninguna Pesadilla es igual, porque cada persona tiene una idea diferente sobre el método necesario para ponerle fin a su monstruo interior.

La criatura suelta un alarido y da unos pasos hacia atrás, lo que me proporciona la oportunidad de esconderme debajo del sofá. Me tapo la cara como una niña pequeña. Si no me ve, quizá se olvide de mí y desaparezca.

Debajo del sofá estoy a ciegas, pero no me hace falta ver lo que ocurre para saber qué está pasando: me queda claro por el estruendo de la cerámica al romperse, el crujido de la madera

cuando Priya destroza la mesa y los bramidos furiosos y homicidas de la Pesadilla.

Sé que tengo que salir de aquí y pedir ayuda, o al menos socorrer a Priya.

Tengo que hacer algo, lo que sea, pero el terror me atenaza y me deja atrapada debajo del sofá. Por un momento vuelvo a ser mi yo de ocho años: la niña que oyó desde su escondite los chasquidos de los miembros de su padre y los crujidos de sus huesos, mientras su hermana —o, mejor dicho, la Pesadilla— se lo comía vivo lentamente.